

“En el momento de la adoracion, dice, quemaban aromas y derramaban perfumes. En los sacrificios degollaban palomas y otras aves. En las ocasiones más graves, los sacerdotes se picaban debajo de la lengua y detrás de las orejas, y con la sangre vertida empapaban pajas que ofrecian á sus dioses; mas no se ofrecian víctimas humanas.” Así lo practicaban ciertos indios de la sierra, que despues de la conquista fueron sorprendidos idolatrando, como se referirá más adelante.

CAPITULO VI

PRACTICAS RELIGIOSAS.

1. Antiguos sacerdotes y nahuales.—2. Oraciones públicas y privadas.—3. Ceremonias usadas en el nacimiento.—4. El “Nahuatl” y la “Tona.”—5. Educacion de la infancia.—6. Monasterios y colegios.—7. Matrimonios.—8. Sacrificios expiatorios.—9. La muerte y la eternidad.—10. El panteon de los zapotecas.—11. Culto de los difuntos.—12. Conclusion del capítulo.

1.—Generalmente al sacerdocio está unido el estudio de la sabiduría: si á esto se agrega que á los sacerdotes se ha creido en todos tiempos revestidos por la divinidad de una autoridad sobrenatural y de un poder superior capaz no solo de realizar maravillas en la tierra sino de abrir tambien á los mortales las puertas de una eternidad feliz ó desgraciada, se explica el temor reverencial que les han tenido los pueblos de todas las edades. Pero entre los indios de Oaxaca este respeto habia salido de los límites comunes, entrando de lleno en el dominio de la supersticion. Si en otros tiempos les fué predicado el Evangelio, la religion de Cristo habia degenerado entre ellos hasta convertirse en un conjunto de brujerías y de inútiles observancias. Sus sacerdotes, roto el encadenamiento sucesivo y careciendo de union con el centro comun, no podian tener legitimidad ni mision divina; y no comprendiendo que su destino era

superior á los mezquinos intereses personales, de hombres del cielo se habian trasformado en miserables hechiceros, forjadores de embustes y especuladores despreciables de la ignorancia del vulgo. Así es como han llegado á nuestros días y son bastante conocidos con el nombre de brujos ó *nahuales*, y este carácter tenian antiguamente en los pueblos lejanos y ménos cultivados. Dicen que acostumbraban raer el pelo de la cabeza dejando un cerco de cabello como la corona de los monjes y que por eso hasta hoy se ven muchos de esta suerte. De todos modos, es cierto que fueron extraordinariamente venerados.

2.—En ciertos días del año prescritos en su calendario ritual y en ocasiones de interes general, se agrupaba todo el pueblo en torno de los altares. Cuando alguna calamidad pública aquejaba á los indios del valle, demandaban á dios sus favores por mediacion del sumo pontífice de Mitla. Reunidos todos en la capilla subterránea, y hechas las preces y ceremonias de costumbre, el pontífice intimaba al pueblo, por conducto de sus ministros, el mandato de no alejarse hasta que los dioses estuviesen aplacados. Nadie se atrevia despues de esto á repasar los umbrales del santuario, perseverando todos en la oracion, ayunando y haciendo penitencia, sobre todo absteniéndose de tratar con mujeres y aun de verlas, miéntras no eran favorablemente despachados. ¹

Los mixtecas ayunaban la vigilia de sus fiestas comiendo únicamente pan de maíz y miel cruda extraida del maguey. Los zapotecas tenian un ayuno de cuarenta días. ²

Cuando la necesidad que deseaba remediarse era privada, se ocurría, segun la gravedad, ya al gran sacerdote, ya á los de jerarquía inferior. Las ocasiones comunes de

¹ Burgoa. Desc. geog., c. 58.

² Herrera. Déc. 3^a, lib. 3, c. 13.

hacer tales demandas, eran el nacimiento, la celebracion del matrimonio y la muerte.

3.—El nacimiento de un infante ha sido en todos los países un acontecimiento doméstico importante: la suerte futura del recién nacido interesa vivamente á la familia, que lo ama y le desea prosperidades desde el momento en que ha venido al mundo. La religion y la sociedad toman parte despues en el regocijo del hogar, y se esfuerzan á su vez por prevenir en el niño las inclinaciones que en el hombre se desplegarán como un resorte, imprimiendo acaso un poderoso impulso y dando nueva vida á sus contemporáneos. No es extraño, pues, que los indios hayan llevado sus cuidadosas atenciones á la cuna de los infantes, desde el momento en que eran alumbrados.

Prévio aviso, el sacerdote se acercaba á la casa de la mujer que acababa de ser madre para practicar allí las ceremonias necesarias. Primeramente, ponía en las manos del infante una saeta, si era varon; un malacate, si pertenecía al sexo femenino. Luego, sin dilacion, partía al campo á fin de recoger la leña necesaria para calentar cierta agua que se tenia por sagrada. Con ésta lavaba al infante, invocando á la divinidad con especiales fórmulas. Era otra ceremonia la imposicion de nombre. Este no se escogía al antojo, sino el que marcaba el calendario. Era el calendario un disco de piedra ó de metal en cuya circunferencia se veian talladas ó esculpidas varias figuras, de tal modo que á cada día del año correspondiese un nombre de planta ó de animal. El sacerdote seguía determinadas reglas cuando aplicaba uno de estos nombres al que habia nacido en señalado día.

4.—Los astrólogos de Europa relacionaban la vida humana con las estrellas, de tal modo que del curso de éstas hacían depender los acontecimientos de los pueblos y la suerte de los hombres. Más estrechamente aún relaciona-

ban los indios la vida del hombre con la del bruto que le tocaba en suerte. El sacerdote no solo imponía nombre á los recién nacidos, sino que los marcaba hiriéndoles detrás de las orejas, y ofreciendo á los dioses la sangre que brotaba, y además mostraba á los de la casa el animal cuyo nombre había escogido, y que desde entónces era la *tona* del infante, es decir, su mejor amigo, la mitad de su sér, un otro yo, algo más inmediato y protector que el ángel tutelar de los cristianos.

A los primeros destellos de la razón, el niño era conducido al templo, y el sacerdote le daba una larga instrucción religiosa, recordándole que dios le había dado vida y señalado día en que naciera, que le había buscado amigo y guardián en el animal que le había sido indicado, y que por lo mismo, era forzoso agradeciése á su dios tan gran beneficio, "comunicando con el tal animal su suerte y fortuna" (palabras textuales, según Burgoa). Acabada la exhortación, que era larga y conmovedora, el sacerdote le mostraba segunda vez la béstia protectora, que según los indios aseguraban, aunque fuese un león, se presentaba dócil y mansa, dejándose abrazar y tratar por el niño. Una vez asegurada aquella alianza, la béstia y el niño corrían igual fortuna, próspera ó adversa, quedando la vida misma sujeta á idénticos peligros. Si la fiera en el bosque se veía cogida en un lazo ó atravesada por el dardo de algún cazador, las heridas aparecían en los miembros correspondientes del niño, sin que pudiera señalarse otra causa. Recíprocamente, si el niño, transformado ya en jóven por la edad, en la guerra moría ó era mutilado, acontecía otro tanto con la *tona*. Tan persuadidos estaban los indios de esto, que no bastaría á desengañarlos la razón más concluyente. Reprendiendo Burgoa á un indio tan supersticiosa práctica, recibió esta contestación: "Padre, esa fortuna fué con la que nací, que yo no la busqué: porque desde muy niño veo á ese animal muy cerca de mí, y suelo comer de lo que

come y sentir en los daños que él recibe y á mí no me efende."

Innumerables hechos se han referido en comprobación de que esa relación es real; hechos que alimentan la credulidad del vulgo y que aun á personas ilustradas han hecho vacilar. Por ejemplo, al P. Fr. Diego Serrano, en el paso de un río cerca de Jalapa, asaltó un caiman, cuyas terribles mandíbulas alcanzaron el hocico del caballo de que fuertemente se asieron como si fuesen una sólida tenaza. El noble bruto, de un salto, quedó con el religioso caballero fuera del río, arrastrando consigo el lagarto, que no había tenido tiempo de desprenderse. Al caer el caballo fuera del río, descansó las dos manos herradas sobre el cuello del caiman, que fué muerto en el acto. Cuando el religioso llegó al pueblo de Jalapa, encontró muerto á un indio, quien parecía hollado por las manos de un caballo, cuyas herraduras tenía marcadas en el cuello. El caiman era la *tona* de aquel indio. He querido referir este hecho que se lee en las obras de Burgoa,¹ no para justificar la credulidad supersticiosa de los indios, sino para que se conozcan los otros muchos de igual clase que, á pesar de tres siglos de cristianismo, mantienen aún en nuestros días tan insensata persuasión. Verdad es que no existen ya calendarios y que se han perdido de los registros de la memoria, el orden y la forma antigua de encontrar la *tona*; pero sustancialmente la superstición vive; pues cuando es inminente el alumbramiento de un indio, los comadrones y parteras se dedican á delinear sobre la ceniza ó la arena culebritas, lagartijas y otros animales, marcando el que corresponde al instante de la aparición, como el protector de la criatura.

Había otro género de alianza y unión más estrecha todavía, en virtud de la cual el hombre podía tomar á placer la figura de la béstia, ejecutando por este medio las ven-

¹ Desc. geog., c. 7.

ganzas y maleficios que estaban á su alcance. Los unos se transformaban en enormes serpientes, los otros en lobos ó coyotes. Detrás de los matorrales ó en la espesura de los bosques espiaban la ocasion de acometer á su víctima. De súbito, al bordear un precipicio, al cruzar una vereda solitaria, y cuando el viajero estaba ménos preparado, se veía asaltado por una fiera que lo heria y lo despedazaba sin piedad. El tal viajero habia tenido sin duda un altercado con el *nahuatl* ó brujo, y éste, con las apariencias de la fiera, tomaba venganza de su contrincante. Nada más temido ni más aborrecible que estos *nahuales*, por sus maleficios continuos. Nunca de sus manos salia bien librado un enemigo, siendo bastante una desavenencia ó ligero desacuerdo para que el *nahuatl*, con sus malas artes y sin que nadie se apercibiese de ello, depositase un tiesto ó una angulosa y cortante guija debajo de la piel del rostro de su adversario, formándose luego en el lugar alguna dolorosa llaga incurable y eterna. Regularmente, el *nahuatl* comenzaba por dirigir torvas miradas que llenaban de consternacion y de espanto á la multitud que imaginaba el cúmulo de desgracias que seguirian á tan fatídico anuncio. Luego, en el suelo ó en un muro cualquiera, con groseros trazos, el *nahuatl* delineaba los perfiles del rostro de aquel á quien deseaba perjudicar, y en el lugar correspondiente á las sienes fijaba una espina: en el mismo instante la persona representada sentia en la cabeza un intenso dolor que no desaparecia miéntras el brujo no lo extraia por medio de conjuros y ensalmos.

Habia pueblos señalados por la profesion de *nahuales*, distinguiéndose entre los mixtecas el de Tecomastlahuac, en donde hallándose Burgoa de Ministro, setenta años despues de la conquista, hubo necesidad de arrojar y mantener en perpétuo destierro á dos de esos brujos, porque á fuerza de malignidad se habian hecho insoportables á los vecinos; ni habian bastado los esfuerzos de la justicia y las persuasiones de los frailes para corregirlos. El mismo Bur-

goa recogió y retuvo en aquella casa vicarial á otro anciano idólatra "de más de setenta años, que vivia en los montes desnudo, con el trage de su gentilidad y tenido entre los indios por gran sacerdote, quien conforme sus ritos diabólicos, bautizaba, confesaba, casaba, siempre con sacrificios y efusion de sangre, para la expiacion que enseñaba de culpas; y teniéndole con grillos, catequizándolo con caridad de cuerpo y alma, cuando daba muestras de muy reducido, acudiendo á la iglesia, oyendo misa todos los dias y rezando el rosario, se desapareció una noche sin poder hallar rastro ni noticia del, por grandes y exquisitas diligencias que se hicieron buscándole. Y los hechiceros eran tan perniciosos, que ni habia conclusion de filosofía natural que no desmintiesen, ni impenetrabilidad de cuerpos que no falsificasen."¹

5.—Con los niños, se preocupaban además los sacerdotes por otro género de cuidados. Al primer lavatorio solemne, cuya semejanza con el bautismo ha llamado fuertemente la atencion de muchos, seguian otros en los veinte dias que sucedian al del alumbramiento, tiempo en que la madre recibia tambien varios baños rituales, celebrando todos el feliz acontecimiento con bailes y comidas. El aniversario del infante se solemnizaba con iguales fiestas; pero á los siete años, era el niño conducido al monasterio ó seminario, en que el superior le horadaba las orejas y le imponia un segundo nombre.²

Los hijos de los reyes y caciques pasaban indefectiblemente un año en estas casas religiosas. La recepcion era solemne. El alumno era llevado al templo con gran acompañamiento, y al són de varios instrumentos. Ya en él, le despojaban de sus vestiduras comunes y le revestian otras

¹ Burgoa, 2ª parte, c. 32.

² Herrera. Déc. 3, l. 3, c. 12.

untadas de gomas. El superior le entregaba una caña pequeña horadada y curiosamente dibujada, cuyo contenido eran lancetas de pedernal para herirse las orejas y lengua, derramando sangre en honor de los dioses: le frotaban además la frente, carrillos, pecho y espalda con hojas de beleño, frotacion que lo purificaba y santificaba, haciéndolo adicto al culto de la divinidad. El año de residencia en el monasterio era de abstinencia y de mortificacion, aprendiendo á obedecer con modestia y á padecer sin quejarse. Escuchaba con atencion las reprensiones y saludables consejos de los superiores y tomaba parte en los trabajos del santuario, cuidando de la limpieza y manteniendo vivo el fuego sagrado: le imponian las más duras fatigas y lo castigaban severamente por la menor falta. Concluido el año, recogia su primer trage, volvía á la casa de sus padres y le bañaban cuatro doncellas con aguas de olores, quitando el mal color que había dado al rostro el humo del ocote.¹

6.—Estos monasterios, además de los niños, eran habitados por monjes que profesaban castidad: los que faltaban á esta obligacion eran castigados á palos. Solo comian hierbas y legumbres, condimentadas por cuatro mujeres que servían por turno. Los caciques y ricos del país los proveían de lo necesario. Ayunaban en las vigiliás de las grandes fiestas. Cosa rara: como los monjes católicos, no tenían cosa propia y hacían profesion de obedecer á sus respectivos superiores. Su ocupacion era meditar y orar, impetrando para los suyos los favores del cielo, educar á la juventud, corregir los vicios públicos y dar sabios consejos á los reyes. Eran muy estimados y respetados. El pueblo los veneraba como santos, y cuando morían, envueltos en una red de hilos de maguey eran sepultados en los patios del monasterio, de que no habían salido en vida sino para hacer peregrinaciones piadosas,

¹ Herrera. Clavijero, t. 1, p. 263.

conducir los ejércitos ó desempeñar alguna mision importantísima.²

Clavijero dice que en la mixteca existían muchos de estos monasterios: lo mismo debe pensarse de la zapoteca. En Ixcatlan se sabe también que había uno presidido por un sacerdote, cuyos penosos deberes correspondían á su respetabilidad. Estaba obligado á vivir siempre en el templo y á abstenerse absolutamente de comunicar con mujeres. Si su desgracia le hacía delinquir en este punto, irremisiblemente era descuartizado y sus miembros sangrientos se ponían á la vista del sucesor para que le sirviesen de escarmiento.

Por lo demás, la educacion de la juventud era dura y cual convenia al destino de cada uno. La mujer no era, como entre algunos europeos, un sér ocioso, un objeto de lujo, un costoso adorno del hogar, sino un sér racional y activo cuyos trabajos se reputaban el complemento de los del varon para integrar el bien y la felicidad de la familia: por eso al nacer recibía un malacate, símbolo que le recordaría perpétuamente sus deberes, enseñándole que con su laboriosidad y diligencia domésticas, no ménos que con su belleza y amor, tenía que hacer la delicia del hogar. Desde la infancia se ejercitaban en tener limpia la casa, preparar los alimentos y tejer los vestidos. El *metatl* y el *malacatl* son todavía su ocupacion favorita.

Los hombres estaban destinados á luchar en los campos de Marte: sus ejercicios eran por lo mismo, en la juventud, la natacion, la carrera y el salto: se mostraban diestros en el juego de la honda y certeros en el tiro de la saeta. Se cuenta de algunos pueblos de Oaxaca, que tenían tal ejercicio en el manejo del arco y la flecha, que arrojando al aire una mazorca, la desgranaban, y que mantenían suspensa una moneda el tiempo que gustaban. "Se acostumbraban, dice

¹ Carriedo citando á Herrera.